

El corderito blanco

(CUENTO)

Unos días antes de la Pascua, les regalaron un corderito blanco, envuelto en rizos. Los niños de la casa le hicieron un recibimiento triunfal, mucho mayor que si les hubieran traído otro hermano porque hermanos ya tenían bastantes, pero corderos no tenían ninguno. Su papá también estaba contento:

—Es muy mono, muy mono, —les decía a sus hijos, mientras jugaban con el corderito, en la cocina.

La mamá no se disgustó demasiado:

—¡Vaya! ya tenemos otro hijo —dijo sonriente a su marido.

La muchacha fué quien no quedó tan contenta:

—¡Como son pocos! —murmuró. Y, con la pala, recogió del suelo unas bolitas negras que se había dejado caer el cordero.

Pero luego, cuando hubo que prepararle un biberón, porque el corderito balaba muy tristemente y supusieron que tuviera hambre, hasta la muchacha se afaná en los preparativos. Todos hicieron algo; uno fué a buscar la goma que mamá tenía guardada en un cajón, otro sacó de los estantes de las botellas viejas, un botellín graduado; y era la misma muchacha quien dirigía los preparativos.

Por fin todo estuvo dispuesto para darle el biberón. La nena, que fué la primera en el turno, era partidaria de dárselo sentada, teniendo al corderito en la falda, pero sus hermanos se opusieron:

—No sean tonta, que no es un niño; además, los corderos maman derechos.

En vista del razonamiento la nena se avino a dárselo de pie, aunque de mala gana.

Desde aquel día ya no hubo paz en la casa; si bañaban a los niños, había que bañar al cordero; si los peinaban, había que pei-

nanlo; por ser igual a ellos en todo, hasta tenía que tomar aceite de hígado de bacalao.

Cuando salían de paseo, lo sacaban con ellos, con un gran lazo al cuello que unas veces era azul y otros rosa, según el color del vestido que llevara la nena. El corderito los seguía alegre y satisfecho, no ya como un cordero, ni siquiera como un perrito, sino como un niño más. Era muy lindo. Tenía la cabeza menuda y erguida, los ojillos apacibles, y la lana, ensortijada con caracoles de espuma. Las patitas finas y esbeltas, blancas como él, eran negras en sus extremidades, con una sensación de que llevaba botines.

Todos los niños del Parque querían jugar con él, pero sus dueños no lo dejaban con cualquiera:

—No, contigo no quiero que juegue, pues ayer no le dejaste el chupete de tu nena.

Durante todo el día los niños no tenían otro tema de conversación ni otro juguete que el corderito blanco. Parecía imposible que hasta entonces hubieran vivido sin él. Les llegaba la hora de acostarse y el cordero llenaba sus últimos deseos, metiéndose con ellos en su cama.

—No, eso sí que no; no os lo consiento, —les decía su mamá muy enfadada.

Los niños suplicaban:

—Pero si está muy limpio; lo hemos bañado hoy.

—He dicho que no, y no; de ninguna manera —replicaba rotunda la madre.

Todos los hermanos rompían a llorar con desconsuelo. Y su padre tenía que intervenir conciliador, para consolarlos:

—Mujer, déjalos; si después de todo más sucios están ellos.

Y los chicos, que no necesitaban licencia más explícita, metían el corderito en su cama, y lo cubrían hasta la barbilla con el embozo.

Sin embargo, aquella felicidad infantil se nubló un día, en que a la cocinera se le ocurrió decir, al verlos tan entusiasmados jugando con su cordero:

—Lo malo será el día que lo tengamos que matar.

Los ojos de los tres hermanos se encendieron de pronto, en un fulgor extraordinario, como si les estuviera ardiendo el corazón. En cambio, las manos se les quedaron fijas, sin movimiento, igual que si fueran de yeso. Un pensamiento terrible se les clavó en sus cabecitas. Nunca se les había ocurrido, pero la muchacha les había abierto los ojos.

Enternecidos y confusos, se pusieron a acariciar al cordero. Ya

no jugaban con él, lo mimaban nada más, y lo hacían con tristeza, presintiendo un trágico fin.

Pasó el tiempo, y el cordero se hizo tan grande que no podía continuar en casa. Era necesario sacarlo. La mamá, adivinando la escena, venía demorando la orden, hasta que llegó un momento en que no pudo aplazarla más, y, aprovechando la ocasión de que los chicos no estaban en casa, le dijo a la muchacha:

—Mira Teresa, vas a llevar el cordero al mercado, sin que lo vean los niños, y lo cambias por una buena pareja de pollos; pero los traes muertos y desplumados, no sea que volvamos a tener nuevos líos.

Y se llevaron de casa el corderito para no verlo más. Los chicos, que en seguida se dieron cuenta de la marcha, rompieron a llorar en un desconsuelo espantoso.

—No seáis tontos, —trató de tranquilizarlos su mamá—, que ya lo vais a ver todos los jueves.

—No; que ya no lo veremos más, que lo han llevado al matadero —decían entre sollozos.

—¡Quien os ha dicho eso! Si lo han llevado a la huerta de don José, para que corra por los prados y coma hierba fresca; si sois buenos, todos los jueves iréis a verlo.

Pero no la creyeron.

Cuando estaban solos, decía el hermano mayor:

—Lo han llevado al matadero; y le habrán metido, al pobre, un cuchillo grande en el cuello, y luego le recogerán la sangre en un puchero; ya veréis cómo el primer día nos lo encontraremos asado, en la mesa.

Y los hermanitos menores se deshacían en un lloriqueo desgarrador.

El domingo de aquella semana, a la hora de comer, la familia se sentó a la mesa, como de ordinario. Precisamente les gustaba mucho la paella con trozos de chorizo y menudillos de carne. Después les sirvieron un plato de cocido que también lo encontraron muy apetitoso. Y la comida se deslizaba felizmente bajo la presidencia nominal, honoraria, del padre, y la vigilancia de la madre.

Pero de pronto, barrió el comedor un sobresalto de locura. La doncella había dejado sobre la mesa una fuente de asado brillante y oloroso, y los chicos se levantaron de sus sillas, tiraron las servilletas, y rompieron a llorar con la mayor amargura. El padre, asustado, se levantó también.

—¿Qué tenéis?, ¿qué os pasa?

—El cordero, el corderito blanco —gimió la nena entre sollozos.

—Pero si son dos pollos —exclamó, enfadada, la madre.

Y en efecto, dos pollos dorados, con las patas encogidas y el vientre en alto, yacían en la fuente, rodeados de un cerquillo de patatas fritas y hojas de ensalada frescas y jugosas.

Los chicos no se dejaban convencer y seguían llorando, apartados de la mesa, cada uno en un rincón, mirando de cuando en cuando por el rabillo del ojo, a la fuente del asado.

La mamá desde su sitio, se deshacía en razonamientos, más enfadada cada vez.

—Mirarlos, mirarlos, son pollos, pollos —decía—. Aquí tienen las alas, aquí las patas, el cuello, —y los levantaba con el cuchillo y el tenedor.

Pero los chicos no lo creían, no lo podían creer. Para ellos era el cordero, el corderito blanco que solía dormir con ellos, que se bañaba en su bañera, comía en su plato y les acompañaba en sus paseos con una lazada al cuello a juego con el vestidito que llevara la nena; el corderito de lana ensortijada que no volverían a ver.

Emocionado también el padre y receloso de las habilidades de la cocinera, ordenó seco y terminante:

—Bueno, basta; que retiren los pollos a la cocina y que nos pongan unos huevos fritos.

—¡Por Dios, Enrique!, —gritó la madre.

—Nada, nada; unos huevos fritos, y sin patatas.

